

absoluto —en cuanto capacidad de amar y de vivir—, pero también como realidad, como posibilidad de que, en un momento idealmente apetecido, se cumpla en su más auténtica y permanente identidad.

Encuentro de sí mismo, en definitiva, la novela propone un personaje femenino que busca su identidad, su derecho a ser por sí misma. “Es muy raro”, le dice ella a Eduardo, “siento que he pasado muchísimo tiempo y que yo no soy nada. Nunca me había dado cuenta que uno puede perderse así en las cosas. Sólo tú eres real; pero ni siquiera puedo acercármele”.

El hombre, pues, resulta inasible para ella, a partir de su propia inasibilidad, de su ausencia de realización. Por eso, el amor de él la empuja a diferentes consumaciones, a su amor, a un novio al que Marcela podía darle —en la medida de su propio encuentro y en busca de un mayor crecimiento— lo que Eduardo le daba —quitándoselo— a ella.

El “telonazo” final es, quizás, el mayor acierto de García Ponce, que deja al lector una sensación entre dulce y amarga, pero absolutamente real. Ella dice: “...dentro de todo este movimiento en el que apenas nos sentimos, hay quizás un centro único, inmovible, y si uno se deja ser ignorándolo, a veces es posible entreverlo, casi tocarlo, dentro y fuera de uno al mismo tiempo, como una totalidad inconmensurable y como un vacío. Pero el centro está y los caminos hacia él son la única moral. Tú trataste de enseñarme eso y ahora lo sé contigo”.

Y él: “...encontró entre las cerradas hileras de libros conocidos el agujero que creaba entre ellos el que ahora era de Marcela y ese agujero, en el que sólo se hallaba un vacío, estaba lleno de la presencia de ella y se la entregaba”.

Allí, pues, en la ausencia, tenían que identificarse, como dos vidas que no podían coincidir, pero que necesariamente tendrían que encontrar sus respectivas coincidencias, o seguir los caminos hacia esa totalidad inconmensurable, hacia ese centro de cuya existencia tenían, sólo a partir de ellos, conciencia, aun con el riesgo de no hallarlo.



lenin y su herencia

Por Julián Meza

La utopía (en el sentido que Marcuse da a este concepto) sólo tiene dos caminos para objetivarse: plasmarse fragmentariamente en la realidad social o convertirse absoluta o casi absolutamente en práctica social dominante. Hasta ahora, nunca ha ocurrido esto último, y las grandes utopías, decantadas por los mismos hombres que han tratado de llevarlas a la práctica, sólo se han realizado parcialmente. Y esto es precisamente lo que ocurrió a los grandes proyectos y ambiciones políticas de Lenin, elaborados en el curso de lo que Moshé Lewin llama su último combate.*

¿Quiso o no Lenin hacer de la URSS lo que ésta fue a raíz de su muerte y es actualmente? Esta gran interrogante, que se alza por encima de toda justificación mediocre o apasionada, ha permanecido durante mucho tiempo en espera de una respuesta satisfactoria. Los historiadores rusos, atentos a la conveniencia política del Kremlin, están fuera de esta polémica: sólo tienen a su alcance justificaciones mediocres. Por el contrario, apasionadamente (y la pasión está por encima de toda mediocridad), primero Trotsky y más tarde Deutscher respondieron ampliamente a la interrogante. Finalmente, Rudi Dutschke y Moshé Lewin responden también, pero ya no desde la óptica roma que genera el maniqueísmo político al atender tan sólo al binomio Stalin-Trotsky. Trotsky se situó en el terreno de la discusión como participante, como conciencia moral a quien se infligió una derrota, sumamente dolorosa por otra parte. Deutscher habla, más que nada, en defensa de Trotsky. Y Dutschke toma parte en la discusión analizando el problema en función de acontecimientos políticos actuales, trasciende las limitaciones propias del maniqueísmo político y la estupidez de quienes creen en la reversibilidad de sucesos políticos pasados.

Moshé Lewin, destacado historiador de origen polaco, autor de *La Paysannerie et le pouvoir soviétique* y *Le grand débat*, analiza minuciosamente los combates políticos librados por Lenin en sus últimos años de vida: la implantación de la Nueva Política Económica (Nep), el problema de las nacionalidades (o asunto de los georgianos), las dificultades y disputas habidas en torno al problema del monopolio del comercio ex-

terior, y lo que ha dado en llamarse el “testamento” político de Lenin. En su opinión, aunque no lo diga explícitamente, todos estos combates los perdió Lenin: sus proyectos fueron sistemáticamente burocratizados y prácticamente anulados por Stalin.

En primer lugar está la Nep, verdadera intrusa en el contexto de los planes (¿o acaso sólo hubo siempre nada más que improvisaciones?) de los bolcheviques hasta el momento en que toman el poder, encaminada a sacar a la agricultura y —en términos generales— al país del marasmo en que estaban sumergidos. Pero la Nep, al mismo tiempo que estaba orientada hacia esto, también estaba destinada a hacer concesiones a los capitalistas, locales y extranjeros (para Lenin, en este momento, la amenaza de la contrarrevolución ya no proviene de la burguesía; el peligro real lo constituye la pequeña burguesía, el campesinado), con lo cual se produjo un notorio desconcierto en las filas de los bolcheviques, en el Partido e incluso en el propio Lenin, que así lo confiesa. En función de esta política se produjo un conflicto de proporciones también considerables en torno al problema suscitado por el monopolio del comercio exterior, respecto del cual discreparán Lenin y Stalin: los resultados de este enfrentamiento fueron similares a los producidos por sus diferencias en torno al problema de las nacionalidades.

Esta situación trajo como consecuencia la introducción del término “capitalismo de Estado”, que ya en ese momento y principalmente en lo sucesivo habría de provocar un sinnúmero de malentendidos y tergiversaciones no sólo en la URSS sino en las “democracias populares” surgidas a raíz de la Segunda Guerra y, con mayor amplitud, en los lineamientos políticos de la inmensa mayoría de los partidos comunistas del Este y del Oeste. Sin embargo, en un terreno más inmediato, lo significativo radica en el hecho de que el principal objetivo de la Nep fue el de conceder a los campesinos “una fuerte dosis de capitalismo a cambio de ‘lo demás’, a saber, el poder político en manos de los bolcheviques”: operación, como señala el mismo Lewin, hasta cierto punto ventajosa, pero llena de peligros, pues esto contribuiría a la burocratización del poder.

En segundo lugar está el llamado asunto de los georgianos, en relación al

* Moshé Lewin: *El último combate de Lenin*. Editorial Lumen, Barcelona, 1970, 212 pp.

cual, por vez primera quizá, se dejó ver claramente la oposición de Lenin al burocratismo (no así al autoritarismo) de Stalin. Éste empezó a mostrar su amplia capacidad de maniobra como politiquero y demagogo, y se sometió a Lenin sólo cuando lo consideró provechoso en beneficio propio, es decir, cuando propiciaba la centralización del poder en su persona.

Conjuntamente, todas estas cuestiones desembocan, por diferentes caminos, en un punto fundamental para entender cómo fueron barridas una a una las perspectivas del desarrollo económico y político consecuente al primer Estado obrero del mundo. Tanto la implantación de la Nep como las resoluciones tomadas por Stalin en torno al problema de las nacionalidades trajeron como consecuencia (lógica, si se toman en consideración las condiciones de atraso económico de Rusia) la centralización de poder (cuyo ejercicio habían perdido los soviets hacia 1919), primero en el Partido, después en el Comité Central, y finalmente, en una sola persona, el *gensek*, es decir, Stalin. Así, la dictadura del proletariado se convirtió en dictadura del Partido y, más tarde, en la de un solo hombre.

En este punto es fácil entender que el poder conferido al Partido por el mismo Lenin ("el Partido es la más sólida raíz de la dictadura"). llena el "doble vacío" patente en la falta de un proletariado y la carencia de una infraestructura económica; no por esto puede deducirse, como asegura Lewin, que "toda la responsabilidad de ciertos fenómenos, como la contracción progresiva del poder político descrita anteriormente" sea producto del error de Lenin al conferirle un puesto central al Partido en su estrategia. "Lenin —añade el autor— sabía que, en la situación en que se encontraba su régimen, lo político se antepone a lo económico, pero la idea de que tal preponderancia pudiera prolongarse en forma durable le intranquilizaba." De esto se encargaría Stalin mediante el uso desenfrenado del aparato burocrático y el ejercicio del autoritarismo: "órdenes, nombramientos, desplazamientos de oficio", que, no previstos en la teoría ni en las leyes, en la práctica pasarían a ser la realidad del Partido.

La conclusión que se impone es sencilla: la Revolución de Octubre dio a los bolcheviques el poder político, mas no así una fuerza social ni la posibilidad de conquistar, mediante la propia revolución, el poder económico.

El último aspecto central del trabajo de Lewin es quizá el más importante: ¿cómo fue posible que la máquina política construida por Lenin y Trotsky se volviera contra ellos?, porque, en definitiva, esto fue lo que ocurrió.

Sin que en ningún momento lo diga explícitamente, Lewin deja entrever que Stalin logró concentrar en sus manos el poder original de los soviets por errores atribuibles en parte a Lenin (que se tornaron irreversibles debido a su postración final y a la incomunicación y vigilancia a que lo sometió el mismo Stalin), y en parte a Trotsky, sobre cuya capacidad política Lenin tenía, con razón, serias dudas.

Por primera vez nos encontramos frente a un libro en el cual se aúnan la sencillez estilística y la exposición crítica exenta de pedantería, con una visión objetiva del conjunto de la problemática del poder soviético durante los últimos años de la vida de Lenin, en especial, y a partir de la muerte de éste. No se trata, por otra parte, de un libro desapasionado y frío, "objetivo" en el mal sentido del término, sino de un libro despojado de prejuicios y sectarismo, que no carga emocionalmente sobre uno u otro de los participantes o espectadores en la última batalla política librada por Lenin. Quizá en este punto sólo sería imputable una ingenuidad a Lewin: creer que la sociedad soviética contemporánea ha superado las taras y desviaciones heredadas del periodo staliniano; el autor considera que muchos "de los objetivos asignados al régimen en lo que se refiere al desarrollo económico y cultural del país han sido hoy alcanzados" y que, actualmente, la URSS ha "entrado en un periodo de evolución interior en que los métodos económicos y pedagógicos sustituyen progresivamente a la coacción administrativa, como deseaba Lenin".

A nuestro juicio, el principal valor del libro radica en contribuir, desde un ángulo visual relativamente nuevo, al esclarecimiento de un hecho político determinante para el desarrollo de la revolución comunista a escala mundial: la posición política y *personal* de Lenin consignada en su "testamento" político, al cual se suma ahora el análisis de los textos proporcionados por las secretarías que lo auxiliaron en sus últimos dictados. La conclusión a que llega Lewin es evidente: Stalin no era más que un déspota, un Robespierre (Deutscher) de la Revolución, a quien, según deseos expresos de Lenin, había que deponer del cargo de secretario general, en tanto que Trotsky sucumbió "a una fetichización del Partido, a un legalismo y a unos escrúpulos que le paralizaban y le impedían responder sin vacilaciones a lo que sus enemigos hacían contra él, como Lenin lo hubiera hecho". Frustradas las intenciones de Lenin (descentralizar el poder político), primero por su enfermedad y más tarde por su muerte, y vistas las cualidades de que carecía Trotsky (falta de: "flexibilidad con los hombres, afición a la táctica, capacidad de maniobra, habilidad para navegar en la 'cocina' política de la dictadura sin inhibiciones ni excesivos escrúpulos) para enfrentarse a sus enemigos, Stalin tenía allanado el camino. Así, llegamos a una conclusión quizá irritante pero inevitable: ni el testamento de Lenin es testamento, ni Stalin ni Trotsky son los testados, y lo único que podía haber contribuido determinante a salvar la revolución hubiera sido la oportuna descentralización del poder soviético.



Editorial Joaquín Mortiz

Cuento y relato en la Serie del Volador

AGUSTÍN YAÑEZ: *Tres cuentos* (4a. ed.), \$ 12.00

MANUEL MEJÍA VALERA: *Un cuarto de conversión*, \$ 12.00

CARLOS FUENTES: *Cantar de ciegos* (4a. ed.), \$ 16.00

JORGE IBARGÜENGOITIA: *La ley de Herodes* (2a. ed.), \$ 16.00

SERGIO PITOL: *Los climas*, \$ 12.00

JUAN MANUEL TORRES: *El viaje*, \$ 14.00

EDMUNDO VALADÉS: *Las dualidades funestas* (2a. ed.), \$ 12.00

SALVADOR ELIZONDO: *El retrato de Zoe y otras mentiras* \$ 16.00

En todas las librerías o en
Avándaro, S. A., Ayuntamiento 162-B
Tel. 5-13-17-14